

CAMBIO, LUEGO EXISTO

*El cambio es un deseo que debe transformarse en acción:
"Eres lo que haces. Eres un hacer. En el hacer está tu ser.
Si una idea no se transforma en hecho, se pudre en el alma,
enferma la ilusión, y te deja sin esperanza.
Los hechos unen. Las ideas dividen"*
Proverbio celta.

Al pensar la relación entre el desarrollo sustentable y los recursos naturales surge inmediatamente el tiempo como dimensión inexorable que empuja constantemente el problema de la sustentabilidad a situaciones cada vez más comprometidas. La demanda social aumenta exponencialmente como aumenta la población mundial, y esto exige, bajo el modelo actual, también una explotación exponencial de los recursos. Pero, el tiempo nos ha mostrado que desde la llamada "revolución verde", la antigua ilusión de que la tecnología podría paliar la inequidad social haciendo cada vez más eficiente la productividad, sigue siendo una ilusión de ilusos.

Es la cosmovisión del hombre, su sistema de tradiciones, las raíces de su ética, lo que en definitiva resulta primordial para la superación de la crisis ambiental. La ética ambiental comparada nos muestra las diferentes formas en las que las culturas humanas se han relacionado con la naturaleza a lo largo de la historia, revelando que el colapso de la naturaleza en manos del hombre no se trata de una fatalidad evolutiva, sino una enfermedad de nuestra propia cultura y de nuestra forma particular de relacionarnos con el medio.

La pluralidad de culturas y cosmovisiones también fue producto de la diversidad de escenarios naturales que las albergaron. En un espacio natural heterogéneo, las respuestas intelectuales y espirituales que el hombre podía dar a la interpretación de su existencia fueron también muy diversas, relajadas, flexibles y capaces de cualquier rumbo. La diversidad cultural emergió de la búsqueda de significados y formas de ser, hombres que

buscaban ajustar sus códigos y tradiciones según sus propias filosofías de vida y las historias de sus comunidades, signadas todas por la matriz variada de la naturaleza, por las singulares combinaciones geográficas, climáticas, biológicas y ambientales... muerta la naturaleza y su diversidad, es improbable la diversidad cultural.

La pérdida de biodiversidad nos conduce indirectamente a la pérdida de diversidad cultural. Independientemente de este proceso, nuestra especie ha realizado un esmerado esfuerzo por eliminar las diferencias culturales de una forma más directa. La superación de fronteras de distinta índole en la historia del hombre nos ha llevado a una globalización que homogeniza el mundo en las esferas de lo natural, lo cultural, lo productivo y lo simbólico, aplastando aquellas innumerables posibilidades de expresión cultural. El problema no resulta ser el concepto de globalización en sí mismo, sino una buena parte de su contenido real que se globaliza; se ha globalizado el capital, las formas de explotación, los mecanismos más aceitados que los sistemas financieros utilizan para concentrar la riqueza y excluir a sus víctimas. Se ha globalizado una forma de explotar al hombre a través de la naturaleza, como dice Roberto Guimarães citando a Clive Lewisⁱ; "lo que nosotros llamamos poder del Hombre sobre la Naturaleza es el poder de algunos hombres sobre otros hombres, utilizando la naturaleza como su instrumento".

La extinción de la diversidad biocultural nos arrincona y reduce nuestras alternativas de supervivencia. El advenimiento de este punto fatal nos impone

un único destino posible, ya no tendremos el libre albedrío de marcar a voluntad los futuros pasos de nuestra sociedad, puesto que la perentoria situación socio-ambiental reducirá nuestra libertad y nos enfrentará a una bifurcación ineludible: el desarrollo sustentable o el exterminio de la naturaleza, del hombre y su dignidad.

Cuanto más tiempo pase el hombre oprimiendo al hombre y a otras formas de vida, menos oportunidades de una elección genuina nos queda. Si persistimos en esta línea hacia el futuro habremos matado todo el romanticismo humanista y naturalista que le quede a nuestra especie. Aún estamos a tiempo de ser Hombres, de abrazar ideales, de sufrir alegremente nuestras convicciones. No será lo mismo llegar a la sustentabilidad por los héroes que abrazaron sus valores que por la artera especulación racional. No es lo mismo para nuestra dignidad cuidar a la naturaleza con amor y respeto que cuidarla porque ya no existe otra alternativa para la supervivencia; la diferencia es vital para la naturaleza, pero también para el futuro de nuestra especie.

La centralidad que juega el hombre y su cultura en el destino de la vida en la tierra pone de relieve la importancia de la educación ambiental para reorientar nuestras sociedades hacia un futuro sustentable. Se hace necesaria una educación en valores, ciudadana, moral y empírica. Y quiero detenerme en este último término. No puede amarse y cuidarse aquello que no se conoce. No parece posible una responsabilidad ambiental sin una "relación" con la naturaleza, sin un lazo afectivo con ella; y de la misma manera, parece improbable la sensibilidad y el compromiso social, si no se participa en la

realidad social. El concepto de experiencia vivida en ambos casos, puede hacer una gran diferencia a la hora de pensar una estrategia educativa para el desarrollo sustentable.

En distintas instancias educativas se nos insta a alejarnos de la naturaleza para conocerla objetivamente y capturar de ella las leyes generales que la gobiernan. En el afán de estudiarla y matematizarla nos perdemos toda la riqueza subjetiva de la interacción con ella, porque el foco está puesto en conocer esas leyes, que implícitamente dotan de poder al hombre, y no en conocer la naturaleza en sí misma. En este sentido, E. Sábatoⁱⁱ nos comenta: "el mundo de los árboles, de las bestias y las flores, de los hombres y sus pasiones, se fue convirtiendo en un helado conjunto de sinusoides, logaritmos, letras griegas, triángulos y ondas de probabilidad. Y lo que es peor: nada más que en eso."

El conocimiento abstracto e indirecto de la vida no nos compromete con ella. La construcción de un futuro socialmente justo y ambientalmente sostenible necesita trascender esta forma de conocer la naturaleza, alimentarse de nuevas fuentes de conocimiento, de nuevas visiones y formas de estar en el mundo. La educación para el desarrollo sustentable requiere de experiencias profundas con el prójimo y con la naturaleza. Educar en el amor a la vida y a toda su profusa variedad, cargando de valor las experiencias, nos conducirá a una nueva religiosidad, capaz de dignificar al hombre y honrar a nuestra madre tierra. El desafío para la educación es enorme, urgente, y creciente. Nos insta a hacer lo que podamos, y con más fuerza aún, lo que no.

**Lic. Leandro Dispigno
Gekko
Grupo de estudios en
conservación y manejo
Univ. Nac. del Sur**

ⁱGuimarães, Roberto P. Desarrollo sustentable en América Latina y el Caribe: desafíos y perspectivas a partir de Johannesburgo 2002. En publicación: Los tormentos de la materia. Aportes para una ecología política latinoamericana. Alimonda, Héctor. CLACSO, Buenos Aires, 2006.

ⁱⁱSábato E. Hombres y Engranajes. 1951. Emecé Editores, Buenos Aires, 1973.